

Luces y sombras de la modernidad en la ciencia política

El presente trabajo se plantea analizar el concepto moderno de ciencia para comprender las luces y sombras que proyecta en el campo de la investigación en ciencias sociales en general y en la ciencia política en particular. En este sentido, nos preguntamos ¿cuál es la concepción de ciencia que impera en el pensamiento de los autores clásicos analizados? ¿Cómo estos autores conciben la conexión entre ciencia y acción política? ¿Cuáles son los principales debates epistemológicos que enfrenta la ciencia política de nuestro tiempo? En virtud de estos interrogantes, se construye la siguiente hipótesis: es necesario replantear algunos elementos del paradigma científico de la modernidad para poder abordar mejor los nuevos problemas de la ciencia política.

Esta posición nos lleva a reflexionar sobre los desafíos que enfrentamos los científicos políticos actuales y las similitudes y/o diferencias que tenemos con nuestros colegas del pasado. La metodología de investigación se funda en el análisis comparado de algunas obras clásicas de Aristóteles, Maquiavelo, Descartes, Hobbes, Kant, Tocqueville, Weber y Arendt.

Por: Belén Levantino

Abstract

In this work we try to analyze the modern concept of Science, to understand the lights and shadows casting on the investigation field in Politic Science. In this sense, we ask if this discipline carry out with the Enlightenment epistemological principles. In virtue of this problem, we build the following position: the development of Politic Science is practically impossible according to this scientific paradigm. The research methodology is based in the comparative analysis between some classical works of Politic Science.

1. Génesis del concepto moderno de ciencia

Los pensadores modernos pretendieron iluminar las tinieblas en las que se encontraba el hombre subsumido por los dictámenes de la Escolástica. Dentro de este contexto, la ciencia pretendía despojarlo de su armadura teológica, devolviéndole la voluntad de organizar su existencia sin temores o esperanzas de compensación espiritual en una vida ultraterrenal.

Uno de los autores más emblemáticos de este período es Descartes, quien propone establecer un nuevo fundamento epistemológico para el conocimiento. En este modelo, lo que determina el criterio de verdad es la evidencia que se constituye en la primera regla del método. De esta forma, sostiene que «la ciencia no se adquiere de otra manera» sino a través de «lo que podemos intuir clara y evidentemente o deducir con certeza», la segunda regla del método consiste en dividir cada una de las dificultades a examinar en tantas partes como fuera posible y necesaria para su mejor solución, y por último, establecer un orden en el pensamiento comenzando desde lo simple a lo complejo¹.

En Descartes todavía no se manifiesta un corte definitivo con la idea de que todos los principios de las ciencias debían tomarse de la Filosofía; sin embargo, es el primero en ponerlos en duda. También en su pensamiento hay una relación con los preceptos religiosos en cuanto que considera a la razón como un regalo divino y pretende comprobar científicamente la existencia de Dios.

En 1651, casi veinte años después de la primera edición del *Discurso del Método*, Hobbes publicó *Leviatán*, el cual sigue la línea de ruptura con la Edad Media iniciada por el pensador francés. Su filosofía asimila la psicología y la política a las ciencias exactas en un materialismo mecanicista que intenta lograr un conocimiento coherente y sistemático de las relaciones causales. Este autor parte de la simplicidad del concepto de «sensación» para luego analizar elementos más complejos como razón, ciencia y Estado. Define la sensación como la fuente de las concepciones del intelecto humano, de esta forma diferencia el objeto de la imagen o fantasía original que causan los movimientos de las cosas externas sobre los sentidos. En este punto se diferencia de la Escolástica en cuanto expresa:

¹ Esto es coincidente con el método de Aristóteles, quien en el siglo IV aC recomienda «dividir el compuesto hasta sus ingredientes simples puesto que éstos son las partes mínimas del conjunto» (Aristóteles, 1997:42).

«...las escuelas filosóficas en todas las universidades de la cristiandad, fundándose en ciertos textos de Aristóteles, enseñan otra doctrina y dicen, por lo que respecta a la visión, que la cosa vista emite en sí, por todas partes, una especie visible, aparición o aspecto, o cosa vista; la recepción de ello por el ojo constituye la visión...» (Hobbes, 2007: 7).

Esta discrepancia vislumbra puntos de vista diferentes que luego se profundizarán en concepciones políticas. Hobbes entiende que el primer paso de una investigación debe orientar a establecer una correcta definición de los términos utilizados. En este sentido, expresa que en una definición falsa o la ausencia de la misma reside el primer abuso del cual proceden todas las hipótesis falsas. Este error lo asocia, al igual que Descartes, a los «hombres que adquieren sus conocimientos de las autoridades de los libros y no de sus meditaciones propias». Siguiendo este método, establece que la razón constituye una de las facultades mentales, la cual define:

«Cómputo (es decir, suma y sustracción) de las consecuencias de los nombres generales convenidos para la caracterización y significación de nuestros pensamientos; empleo el término caracterización cuando el cómputo se refiere a nosotros mismos, y significación cuando demostramos o aprobamos nuestros cómputos con respecto a otros hombres» (Hobbes, 2007: 32-33).

Sostiene que la razón es, en sí misma, una razón exacta, como la Aritmética es un arte cierto e infalible. Sin embargo, se diferencia de Kant en que en él no existe una razón universal; pues considera que ni la razón de un hombre ni la razón de un número cualquiera de hombres constituye la certeza. Cuando hay una controversia para establecer la verdadera razón es necesario recurrir a la intervención de un árbitro o juez:

«(...) cuando los hombres que se juzgan a sí mismos sabios e invocan la verdadera razón como juez pretenden que se determinen las cosas no por la razón de otros hombres sino por la suya propia (...) no hacen otra cosa que las pasiones que los dominan revelen su carencia de verdadera razón» (Hobbes, 2007: 33).

Hobbes distingue las sensaciones y la memoria, que no son sino conocimientos de un hecho, de la ciencia que es el conocimiento de las consecuencias y

dependencias de un hecho respecto de otro². En relación a la influencia del pensamiento científico, expresa que la ciencia es un recurso de poder limitado porque no está en todos los individuos, sino en unos pocos y en ellos solamente en algunas cosas.

La importancia que le da a las sensaciones queda plasmada en el rol que desempeña el temor como el eslabón que sostiene la base del pacto social que origina el Estado: «Los pactos que no descansan en la espada no son más que palabras, sin fuerza para proteger al hombre, en modo alguno». (Hobbes, 2007: 137). De esta forma, el miedo constituye el elemento central de su teoría política, lo que revela la influencia del pensamiento de Maquiavelo, quien a principios del siglo XVI recomienda al príncipe: «Más vale ser temido que amado». Otro punto en común entre estos autores es el quiebre con la idea aristotélica del hombre como animal social³.

También existe otra coincidencia en la separación de la política de la ética. Para Maquiavelo, el fin de conservar el Estado obliga al príncipe a actuar contra la fe, la humanidad y la religión. En Hobbes, la soberanía le corresponde de manera natural y absoluta al monarca, ya que el mantenimiento de la paz exige que el soberano tenga una autoridad completa no sometida a otra ley que no provenga de él.

El *Leviatán* constituye una obra con finalidad práctica, que intenta evitar caer en la concepción platónica del Estado. La misma ruptura con la Escolástica ya la había formulado Maquiavelo cuando presenta sus consejos sobre el arte de gobernar, en el sentido de que le parece más conveniente «seguir la verdad real de la materia, que los desvaríos de la imaginación en lo concerniente a ella (...)» (Maquiavelo, 1982: 76).

2. La consolidación del concepto moderno de ciencia

La obra de Kant *Crítica a la Razón Pura* pretende sentar las bases para una teoría racional, objetiva, sistemática y universal del conocimiento humano. A pesar

² La base del determinismo que impera en su pensamiento está en sostener que cuando se producen las mismas causas se generan los mismos efectos.

³ Sin embargo, ambos lo relacionan con algún animal, para Maquiavelo el príncipe debe ser zorro para conocer las trampas y león para destrozar a los lobos. Por su parte, Hobbes considera al hombre como lobo del hombre.

de que no generó un considerable impacto dentro de los círculos intelectuales en el momento de su publicación en 1781, el éxito de este libro lo constituye el hecho de que la epistemología kantiana se tornara, años más tarde, en el sentido común de la ciencia moderna.

El principal aporte que realiza Kant es discernir el campo nouménico del fenoménico, aquello de lo que se puede tener conocimiento verdadero de lo que no se puede conocer mediante la razón humana, con lo cual desconecta la ciencia de la metafísica.

Ante el problema de la elección del método (deductivo o inductivo), Kant afirmó que la lectura de Hume «lo había despertado de su sueño dogmático». Sin embargo, sostiene que la razón no puede encontrar leyes universales mediante la inducción, por lo que el método hipotético deductivo combina el uso de la razón con la experiencia. Esto implica que el experimento se hace con hipótesis, donde la facultad sensorial es un canal por el que se muestran los resultados del espontáneo entendimiento. De esta forma, rechaza el argumento teológico que prueba la existencia de Dios por la idea misma de divinidad. En este sentido, argumenta que la idea de que tengo dinero en mi bolsillo no hace que efectivamente lo pueda gastar.

A pesar de establecer una demarcación entre lo que podemos o no podemos conocer, su intención no es renunciar al mundo metafísico, como lo demuestran los conceptos de *imperativo categórico* y *juicio estético* o el contenido de sus ensayos políticos. Por esta razón, resaltamos que su teoría no puede contestar, desde su concepción de ciencia, las preguntas filosóficas que fueron la fuente de su argumento.

Este autor resume los planteos anteriores porque sostiene que solamente un príncipe ilustrado —que utilice la razón proclamada por Descartes—, que posea un ejército numeroso y disciplinado —como establecía Maquiavelo— y que garantice la paz interior —como pedía Hobbes— puede decir: «¡Razonad tanto como queráis y sobre lo que queráis, pero obedeced!» (Kant, 2006:37). Dentro de este marco, la propuesta de «atrévete a pensar» está racionalmente limitada por el poder de la monarquía.

Kant tiene la esperanza en que la historia, al ocuparse de la narración de las acciones fenoménicas de los hombres, descubra un curso regular de la libertad humana que pueda ser interpretado a nivel de la especie como una evolución

progresiva y continua, aunque lenta, de sus disposiciones originales. Al igual que Aristóteles, diferencia entre individuo y especie:

«...al filósofo no le queda otro recurso —puesto que no puede presuponer en los hombres y su actuación global ningún propósito racional propio— que intentar descubrir en este absurdo decurso de las cosas humanas una intención de la Naturaleza, a partir de la cual sea posible una historia de criaturas tales que, sin conducirse con arreglo a un plan propio, sí lo hagan conforme a un determinado plan de la Naturaleza» (Kant, 2007: 41).
«En el hombre (como única criatura racional sobre la tierra) aquellas disposiciones naturales que tienden al uso de su razón sólo deben desarrollarse por completo en la especie, más no en el individuo» (Kant, 2007: 42).

Finalmente, un punto que no debemos dejar de lado en Kant es su análisis del antagonismo que produce la *insociable sociabilidad* de los hombres, que los inclina y al mismo tiempo los aparta de la vida en comunidad. Esta tendencia también es destacada por Tocqueville cuando afirma que los hombres desean ser iguales pero conjuntamente manifiestan un apetito por destacarse por encima de los demás. A su vez, en Marx la idea del antagonismo se encuentra presente es su planteo de la lucha entre clases como motor de la historia.

3. El rol de la ciencia política para la acción política

La investigación política del siglo XIX se desarrolla entre el triunfo del paradigma cartesiano sobre la escolástica y la consolidación del positivismo. En referencia al método de Descartes, Tocqueville afirma que pudo nacer en el siglo XVI, fijarse y generalizarse en el XVII, pero no podía ser comúnmente adoptado en ninguno de los dos, porque no existían las condiciones políticas y sociales para que el mismo se tornara como el sentido común de los científicos primero y del resto de la población después.

En *La Democracia en América*, podemos encontrar uno de los primeros estudios sistemáticos de política comparada. En esta obra, publicada en 1935, se realiza una comparación de los fundamentos que sustentan al poder político en América y Europa. En este sentido, su autor destaca el hecho de que en el Antiguo Régimen, el derecho de mandar pasa de generación en generación con la herencia. En cambio, en las sociedades modernas los negocios se convierten en una fuente de poder político para el cual la ciencia se pone a su servicio creando condiciones

favorables para la igualdad. Esta redistribución del poder permite dilucidar el concepto de ciencia política que tiene este autor, a partir de la misión de la misma como mecanismo de instrucción de la democracia que le permita adaptar su gobierno a los tiempos y lugares: «Un mundo completamente nuevo necesita una Ciencia Política nueva» (Tocqueville, 2007: 37).

A diferencia de Maquiavelo y Hobbes, Tocqueville rescata algunos vestigios de la política en el sentido aristotélico, ya que se preocupa por las virtudes y defectos de las formas de gobierno. En este sentido, plantea que «las instituciones municipales son a la libertad lo que las escuelas primarias vienen a ser a la ciencia, la ponen al alcance del pueblo, le hacen paladear su uso pacífico y lo habitúan a servirse de ella» (Tocqueville, 2007: 94-95). Esta frase marca algunas diferencias con el pensamiento de Hobbes, ya que resalta la importancia de las instituciones federales que en el inglés quedaban anuladas por el poder central del soberano, y destaca que la ciencia no está limitada a algunos privilegiados⁴.

Tocqueville utiliza un lenguaje moderno que justifica la importancia de la ciencia política para afrontar las transformaciones sociales que considera inevitables como la tensión entre los principios de libertad e igualdad⁵. Dentro de sus argumentos, podemos encontrar algunos elementos que responden al paradigma cartesiano, otros que constituyen el germen de investigaciones de tipo cualitativo y clasificaciones que corresponden al modelo de la Grecia clásica.

Considera que la aplicación de la ciencia en la industria no debe dejar de lado los lazos que unen entre sí a las diferentes partes de la ciencia, por lo tanto afirma: «El amor a la práctica, si es ilustrado, debe conducir a los hombres a no abandonar la teoría» (Tocqueville, 2007: 570). Observa que en América, la parte puramente práctica de las ciencias se cultiva de una manera admirable, y luego se ocupan de la parte teórica que se requiere para su aplicación. En cambio, en cuanto a lo que

4 Para Tocqueville en América, la ciencia política está al alcance de la mayoría de la sociedad que puede discernir las competencias de los diferentes niveles de gobierno que componen un sistema complejo como es el federal.

5 Para analizar la ambivalencia de sentimientos que genera la igualdad en los pueblos democráticos, Tocqueville desarrolla la concepción de la *tiranía de la mayoría*, que no es otra cosa que un cambio en el objeto sobre el cual se genera la opresión. Observa que la igualdad, por un lado, conduce a los hombres hacia nuevas ideas, sin embargo, por otra parte, restringe la libertad del campo del pensamiento a la voluntad general del mayor número.

se refiere específicamente a las concepciones políticas, en los franceses las ideas generales ocupan un lugar prioritario, lo que los lleva a concebir ideas que no se pueden rectificar en la práctica, mientras que en los Estados Unidos estas dos cosas se equilibran y corrigen naturalmente.

En las primeras décadas del siglo XX, Weber muestra otras alternativas para la investigación política que no tenga las características prescriptas por el paradigma positivista. En *El Político y el científico*, sostiene que la ciencia le provee al político un sentido de la proporción que lo orienta hacia la toma de decisiones, aunque la misma no le puede ofrecer una garantía de que la acción sea la adecuada o que implique un resultado determinado. Para Weber:

«... la ciencia proporciona métodos para pensar, instrumentos y disciplina para hacerlo. Suponiendo que el profesor posea 'claridad', podemos hacer ver claramente a quienes nos escuchan que frente al problema de valor de que se trate cabe adoptar tales o tales posturas prácticas. Si se adopta tal postura, la experiencia científica enseña que se han de utilizar tales y tales «medios» para llevarla a la práctica. Si por casualidad esos medios son de tal índole que ustedes se sienten obligados a rechazarlos, se verán forzados a elegir entre el fin y los inevitables medios» (Weber, 1966: 222).

Weber observa una ruptura con la visión optimista de la ciencia moderna, ya que alerta que la razón puede quedar atrapada dentro de una *jaula de hierro*. En este sentido, argumenta que la razón al no discutir los fines se ha tornado en una racionalidad instrumental que genera fuertes efectos opresivos para los hombres.

Este autor aborda la ciencia política dentro del marco de las ciencias de la cultura. Dentro de esta perspectiva, se sostiene que el carácter de un fenómeno político no es algo que éste posea objetivamente, sino que está condicionado por la orientación de nuestro interés cognoscitivo que, a su vez, depende de una significación cultural específica. Por lo tanto, carece de sentido un tratamiento «objetivo» de los procesos culturales, si por esto se entiende una reducción de lo empírico a «leyes» como meta ideal de la labor científica.

Sobre la relación entre el pensamiento filosófico y el científico, Arendt nos dice que «no son las ideas las que cambian el mundo sino los hechos»⁶. Su tesis

6 La certeza científica tiene una doble condición: primero, que el conocimiento se relacionara con lo que se había hecho, como la matemática, que era un producto de la mente del hombre confiable, y segundo, que el conocimiento fuera de tal naturaleza que solamente se pudiera comprobar mediante una nueva acción.

central es que la época moderna produjo una inversión del orden jerárquico entre la vida contemplativa y la vida activa. En palabras de la autora:

«La sed del conocimiento del hombre sólo podía saciarse si confiaba en la inventiva de sus manos. No se trataba de que la verdad y el conocimiento no fueran importantes sino que sólo se podían alcanzar mediante la acción y no por la contemplación. El telescopio obligó a la naturaleza a entregar sus secretos (...) para conocer había que hacer» (Arendt, 2003: 315).

Para la autora alemana, la separación de la verdad científica y la filosofía en el siglo XVII generó que el filósofo ya no pasara del mundo de la engañosa caducidad a otro de la verdad eterna, sino que se alejara de ambos y se adentrara en sí mismo:

«Después de que Descartes basó su propia filosofía en el descubrimiento de Galileo, la filosofía pareció condenada a ir siempre un paso por detrás de los científicos» (Arendt, 2003:319).

De esta forma, sostiene que los filósofos se convirtieron en epistemólogos, preocupados por una teoría de la ciencia que los científicos no necesitaban. En defensa de la filosofía Arendt sostiene que los verdaderos científicos están de acuerdo en que la aplicabilidad técnica de lo que hacen es un simple subproducto de su esfuerzo.

4. Consideraciones finales

El concepto ciencia de la modernidad proyecta luces y sombras sobre el status epistemológico de las ciencias sociales, en general, y en el de la ciencia política en particular. Como aspectos positivos, resaltamos la devolución al hombre de la capacidad de pensar por sí mismo, la importancia de la definición de los conceptos y la justificación de los métodos de investigación. Sin embargo, el abuso por parte de algunos científicos de estos principios puede generar efectos negativos para las investigaciones sociales, como la presunción de que para alcanzar la objetividad científica es necesario renunciar a la filosofía, la aceptación de que los sentidos constituyen el único canal para corroborar las hipótesis y la aplicación de los métodos de las ciencias naturales a todas las ramas de la ciencia. Sobre estos efectos, el artículo resalta la irrelevancia del tratamiento «objetivo» de los procesos culturales, las consecuencias opresivas de la racionalidad instrumental y la importancia de plantear la discusión entre fines y medios.

En relación con el concepto de ciencia que impera en el pensamiento de los autores clásicos analizados, consideramos la influencia del contexto histórico de los autores. Sin embargo, también se destaca que el mismo no constituye un factor limitante de sus ideas ya que, como expresa Tocqueville, el método de Descartes sólo se pudo poner en práctica cuando las condiciones políticas, sociales y económicas lo permitieron.

Sobre la conexión entre ciencia y acción política, se pone en evidencia que la mayoría de las obras analizadas tienen una finalidad práctica: instruir a los hombres a cerca de cómo vivir en comunidad, aconsejar al soberano sobre cómo gobernar para brindar seguridad a los ciudadanos o recomendar formas de gobierno que se corrijan por la experiencia.

Por último, los debates epistemológicos y metodológicos que enfrenta la ciencia política en la actualidad no distan mucho de los que se realizan sobre el resto de las ciencias sociales, ejemplos de esta problemática son: la discusión sobre la metodología de investigación más apropiada, los mecanismos de financiamiento, articulación con el Estado y el sector privado, la participación de investigadores en proyectos interdisciplinarios, entre otros. A pesar de que la revolución de la física cuántica puso en duda algunos de los principios que garantizaban la certidumbre del viejo paradigma «newtoniano-cartesiano», como la independencia entre el sujeto y el objeto, persiste en la mentalidad de algunos científicos y gobernantes una visión de la ciencia que distribuye beneficios en función de la comprobación empírica de las hipótesis.

De lo expuesto se desprende la necesidad de plantear algunos elementos del paradigma científico de la modernidad para poder abordar mejor los nuevos problemas de la ciencia política como la crisis de representación de las instituciones públicas, los conflictos por el uso de los recursos naturales o la participación de los sectores excluidos en los modelos de desarrollo.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENDDT, Hannah. *La condición humana*. Paidós. Buenos Aires, 2003.
- ARISTÓTELES. *Política*. Ediciones Altaya. Barcelona, 1997.
- HOBBES, Thomas. *Leviatán o la materia, forma y poder de una República eclesiástica y civil*. Segunda Edición, Buenos Aires, 2007.
- KANT, Immanuel. *Filosofía de la historia*. Segunda Edición, Fondo de Cultura Económica. México, 2006.
- KANT, Immanuel. *Crítica de la Razón Pura*. Versión en web: <<http://www.librosgratisweb.com/html/kant-inmanuel/critica-a-la-razon-ra/index.htm>>.
- MAQUIAVELO, Nicolás. *El Príncipe*. Ediciones Orbis. Buenos Aires, 1982.
- TOCQUEVILLE, Alexis. *La Democracia en América*. Akal. Madrid, España, 2007.
- WEBER, Max. *El político y el científico*. Alianza Editorial. Madrid, 1966.
- WEBER, Max. *La objetividad cognitiva de la ciencia social y de la política social en Max Weber. Ensayos sobre metodología sociológica*. Amorrortu. Buenos Aires, Argentina, 2001.